

capuchino, ya que, a sus dolores físicos, debía sumársele el manoseo de la medicina y **la sospecha del Santo Oficio**, propiciada por el Padre Gemelli, y por el obispo y el clero de Manfredonia.

El 11 de junio de 1931, por orden del papa Pío XI, el Padre Pío fue recluido en la clausura del convento, prohibiéndosele confesar, celebrar misa en público, cartearse como le era habitual, y tener contactos regulares con los fieles. Al correrse la voz de que el Padre Pío iba a ser transferido a otro convento, sus piadosos discípulos armaron vigilancia día y noche para impedirlo. Esta clausura duró hasta el 16 de julio de 1933, en que se le volvió a permitir rezar la misa en público y confesar, pero no reanudar su correspondencia epistolar.

De ahí en más, la rutina del Padre Pío era rezar la misa muy temprano; después de su acción de gracias, confesaba a los hombres en la sacristía, y a las mujeres en la iglesia; por fin, volvía a la sacristía, se revestía y daba la comunión a los fieles. Por la tarde volvía a bajar a la sacristía y seguía confesando a los hombres. Esto hizo que poco a poco fuesen apareciendo pequeñas casas en torno al convento, para poder albergar a los peregrinos que deseaban, al menos una vez en su vida, confesarse con él, asistir a su misa y recibir la sagrada comunión de manos del sacerdote estigmatizado.

Los grandes sufrimientos que el Padre Pío sobrellevaba a causa de sus estigmas, le hicieron compadecerse hasta tal punto de las dolencias de los enfermos, que pergeñó la idea de levantar un hospital que pudiese recibirlos y atenderlos gratuitamente. Fue el **Hospital «Alivio del Sufrimiento»**, como quiso llamarlo; obra colosal que comenzó con la adquisición del terreno en 1940 y concluyó 16 años más tarde, el 5 de mayo de 1956. El mismo Padre Pío lo inauguró rezando para la ocasión la misa en honor de San Pío V, el santo del día.

4º Últimos días del Padre Pío.

Con motivo del 50º aniversario de sus estigmas, se habían organizado festejos que él debía solemnizar con la Santa Misa el 20 de septiembre de 1968; pero, ya sin fuerzas en su silla de ruedas, tuvo que ser sostenido prácticamente durante toda la misa. Y en la madrugada del 23 de septiembre, el Padre Pío entregaba su espíritu a Dios, después de haberse confesado y recibido la Extremaunción, y repitiendo constantemente los dulces nombre de Jesús y María.

La noticia de su muerte voló de una parte a otra. Sus hijos, que deseaban verle como de costumbre en la ventana de su celda, para recibir el adiós moviendo su pañuelo, pudieron ver cómo el Padre los saludaba. En medio de un gran griterío, los pañuelos de todos se levantaron para saludarlo a él. Los frailes, queriendo evitar el tumulto, taparon la ventana con una sábana blanca; pero el Padre Pío, como última de sus «picardías», comenzó a reflejarse en todas las ventanas del convento que miraban hacia la plaza en donde estaba la gente.

Hojitas de Fe

Sed imitadores míos

300

S. Fiestas del Santoral

Vida del Padre Pío de Pietrelcina

Dios ha querido conceder a nuestros tiempos un santo extraordinario, el único sacerdote estigmatizado de la historia, para dejarnos la prueba de que la Santa Misa es la renovación del Sacrificio del Calvario, y no una simple cena o asamblea. Hablamos del **Padre Pío de Pietrelcina**. En esta Hojita de Fe daremos una breve reseña de su vida, dejando para otras Hojitas el ofrecer algunas pinceladas sobre sus dones y carismas, y sobre algunos aspectos de su espiritualidad.

1º Infancia y vocación del Padre Pío.

El Padre Pío nació el 25 de mayo de 1887 en Italia, en la localidad de Pietrelcina, provincia de Benevento, y murió en el Convento de San Giovanni Rotondo, de los Frailes Menores Capuchinos, en la provincia de Foggia, el 23 de septiembre de 1968, a los 81 años de edad.

Sus padres, Horacio Forgione y María Josefa de Nunzio, tenían una pequeña granja con algunas tierras, que les daban lo suficiente para vivir. Dios les concedió ocho hijos, cuatro de los cuales volaron al cielo al poco tiempo de nacer; de los cuatro que vivieron el mayor fue **Miguel**, luego **Francisco** (nuestro Padre Pío), y tras él sus dos hermanitas menores **Gracia** y **Pelegina**.

La familia Forgione era muy religiosa, y la gente recordaba cómo el pequeño Francisco, cuando oía tocar la campana para la función litúrgica, pedía a su abuela que lo llevara a la iglesia. Gustaba mucho de ser monaguillo, y se distinguía entre los demás niños por su interés por las cosas religiosas.

Tendría unos diez años cuando un fraile capuchino apareció en un verano para mendigar. Francisco quedó tan impresionado que, después de irse el fraile, le dijo a su padre: «Quiero hacerme fraile». Su padre no lo tomó muy en serio y le contestó que para eso debería estudiar, añadiendo luego: «Hazte fraile de Padua», que era el pueblo cercano, en el que había un convento de los franciscanos. «No -dijo Francisco-, quiero hacerme fraile **con barba**».

Como se requerían 15 años al menos para entrar en el convento, Francisco dedicó al estudio el tiempo que le faltaba. Su padre, para facilitárselo, tuvo que emigrar a América, para generar un mayor ingreso económico. En el colegio aprendió a leer y a escribir, y un poco de latín.

Si bien Francisco tenía en firme la decisión de hacerse religioso, cuando se acercó el momento de dejar la familia, sintió la lucha de tener que dejar el mundo

con sus atractivos. Para decidirlo a dar un adiós definitivo al mundo, Dios le concedió una especie de visión.

En ella Francisco se vio junto a un hombre majestuoso, resplandeciente como el sol, que le dijo: «Ven conmigo, porque has de combatir como valiente guerrero». Lo llevó entonces a una espaciosísima pradera, en la que pudo ver a un personaje de descomunal altura, de aspecto horribilísimo, y el guía le dijo: «Este es el individuo contra el que debes combatir». Lleno de temor, se decidió a hacerlo, con la ayuda de su guía; el cual, recompensándolo después con una corona por la victoria conseguida, le dijo: «Este personaje siempre volverá a la carga contra ti y se esforzará en atacarte por sorpresa, para recobrar el honor perdido; ten, pues, bien abiertos los ojos».

Comprendió Francisco que aquel individuo contra el que había librado batalla era el demonio, y que la lucha incesante contra él significaba el ingreso en religión y la entrega total al servicio del Rey celestial. Fortalecido, pues, con esta visión, se decidió a dar el último adiós al mundo.

2º Noviciado, estudios, ordenación sacerdotal y primeras gracias extraordinarias del Padre Pío.

El joven Francisco entró en el convento de Morcone, y a los quince días vistió el hábito franciscano, tomando el nombre de **Hermano Pío**. Vivió de modo ejemplar según la Regla de San Francisco, en una vida dura de comida escasa e intenso frío, que sirvió para templar al novicio en las exigencias de la vida religiosa. Cuando un año más tarde emitía su profesión simple, ya era un fraile completo que iniciaba sus estudios para ser sacerdote.

En los años que siguieron al noviciado cambió continuamente de convento, a causa de que los tutores de los diferentes cursos que debía seguir eran trasladados de un lugar a otro. Además, sus estadías no eran largas, ya que su salud empezó a mostrarse precaria, con malestar general, fiebre, dificultad para retener lo que comía. De ahí se le hizo necesario realizar algunas estadías periódicas en su pueblo natal para recuperarse un poco. Allí, en Pietrelcina, seguía estudiando como podía, manteniendo continua correspondencia con sus Superiores y con su director espiritual, gracias a la cual empezaron ellos a entender que lo que le pasaba a este fraile enfermizo «no era del todo natural».

Por fin llegó el día de su **ordenación sacerdotal**: fue el 10 de agosto de 1910, fiesta de San Lorenzo, en la Catedral de Benevento; tenía entonces 23 años de edad. Después de su ordenación, el Padre Pío fue a Pietrelcina. Al cabo de un mes, le sucedió algo extraordinario: estaba en el campo rezando y meditando a la sombra de un olmo, cuando sintió un ardor intenso en las palmas de sus manos. Fue la **primera manifestación de los estigmas**. Sólo un año después se decidió informar a su Superior, añadiendo que esas señales le habían causado una gran confusión, por lo que pidió al Señor que le desaparecieran. Así fue, pero, aunque invisibles, los estigmas perduraron, produciéndole desde entonces un gran sufrimiento, especialmente los viernes y durante la Semana Santa.

Su salud se mantuvo endeble durante los seis años siguientes, hasta 1916. En esta época comenzaron **los éxtasis**, y estuvo cuarenta días viviendo solamente de la sagrada Eucaristía. Escribía a su Superior, el Padre Agustín:

«Sufro, y sufro muchísimo, pero no deseo de ningún modo ser aligerado de la cruz, porque amo sufrir con Jesús. Cada vez que contemplo la cruz sobre los hombros de Jesús, me siento fortalecido e invadido de santo gozo... El elige a ciertas almas, entre las cuales, a pesar de mis deméritos, ha escogido también la mía, para que la ayude en el gran negocio de la salvación humana. Y cuanto más estas almas sufren sin consuelo alguno, tanto más se alivian los dolores de Jesús. Por eso deseo sufrir cada vez más, y sufrir sin consuelo; en esto reside toda mi dicha» (20 de septiembre de 1912).

Pasados estos años en medio de grandes pruebas espirituales, y en un grado de unión a Dios cada vez mayor, se presentó la oportunidad de trasladar al Padre Pío a la comunidad de Foggia.

Una señora de ese lugar, Rafaelina Cerase, muy estimada de los frailes capuchinos por su profunda piedad, y que ya se había dirigido por carta con el Padre Pío, cayó gravemente enferma. Para que el Padre Pío pudiera asistirle en su agonía, los Superiores lo trasladaron al convento de Santa Ana, en Foggia. Allí empezaron a producirse fenómenos misteriosos: de la habitación del santo salían estruendos espantosos, y los Hermanos estaban aterrorizados.

Como el calor sofocante de esa región en el verano perjudicaba la salud del Padre Pío, el Superior decidió llevarlo a las colinas de **San Giovanni Rotondo**. De allí no saldría ya prácticamente el santo capuchino hasta su muerte. Su apostolado consistiría en dar regularmente charlas a un grupo de mujeres, en su mayoría terciarias franciscanas, en un locutorio del convento, enseñándoles a rezar y a meditar.

Una de ellas, Lucietta Fiorentino, había predicho años antes, en una especie de sueño o visión, la venida del Padre Pío y su misión universal, que sería tan grande como el árbol de mostaza que extiende su sombra por todas partes. Pero como el grano de mostaza permanece sin fruto si no muere, para que esas ramas, capaces de albergar a infinidad de almas, se desplegaran, era necesaria la crucifixión, esta vez ya visible y cruenta, del santo religioso.

3º Crucifixión y estigmas visibles del Padre Pío.

Por la correspondencia del Padre Pío a su confesor y a su padre Provincial, nos enteramos de la **transverberación** de su corazón el 5 de agosto, y de la **visible crucifixión** el 20 de septiembre, ambas en el año 1918. Fue a raíz de la segunda cuando el Padre Pío empezó a mostrar los **estigmas visibles en manos, pies y costado**, que manaban sangre sobre todo del jueves por la tarde hasta el sábado.

Como era de esperar, la noticia de su estigmatización corrió como reguero de pólvora, no solo por San Giovanni Rotondo, sino por el mundo entero. Con el anuncio, llegaron también los médicos llamados por los Superiores inmediatos del Padre, y luego por los de la Santa Sede. De ahí en más comenzaría un largo calvario para el fraile